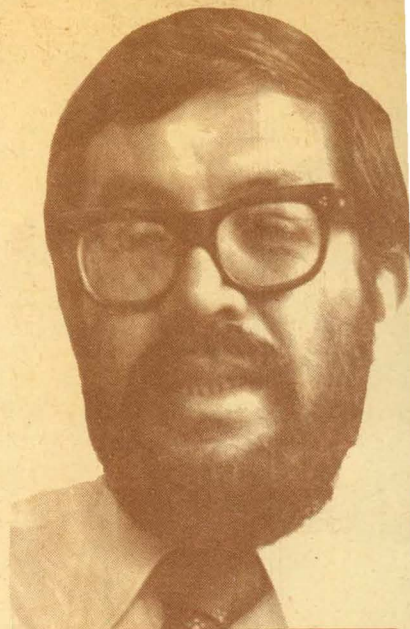


Más que 31 días

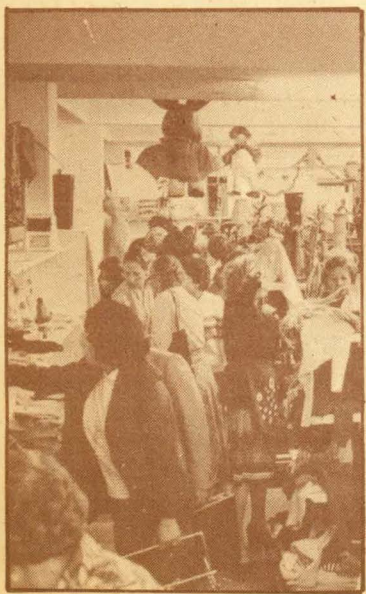
ENERO-1980.

Durará Enero

EN LO ECONÓMICO, EL ABUSO HA SIDO LA CONDUCTA MÁS NOTORIA



POR MIGUEL ÁNGEL GRANADOS CHAPA



Las tiendas de autoservicio quisieron aparecer como buenas samaritanas.

A pesar del futurismo presidencial, de la solución a doce gubernaturas y a los juegos de quienes ya ven a sus amigos en un gabinete reajustado, la única realidad nacional en la que deberíamos detenernos es la que tiene que ver con la economía. No lo hagamos, naturalmente, en términos técnicos, si no en los que son comprensibles, porque lo afectan, para el ciudadano común.

Hoy que empieza a circular este número de **SIEMPRE!** termina uno de los eneros que pasarán a la historia mexicana. Todavía es temprano para conocer, en firme, los niveles de la inflación habida en este mes. Pero no se requiere ser un experto, ni disponer de una bola de cristal, para conocer los grandes perfiles de ese fenómeno en este

periodo. Si nos quedamos en el cinco por ciento de inflación deberemos darnos por bien servidos. La conjunción de diversos factores estacionales, más el IVA, seguramente nos hizo llegar por lo menos a esa cifra.

El IVA: tanto se ha dicho de él que abordar de nuevo el asunto cuando termina el enero de su nacimiento ya parece ocioso. Insistamos, sin embargo. Es preciso que dilucidemos por qué ha sido un impuesto impopular—o, por mejor decir, más impopular que lo naturalmente impopulares que son todos los impuestos—lo cual supone encontrar su propio efecto y las consecuencias indirectas que sobre el costo de la vida generó al menos en el primer momento de su vigencia. Se ha dicho que técnicamente no es inflacionario, y hasta se condujo al Presidente de la República a que en tal sentido hiciera una contundente declaración, el primero de septiembre pasado, que ha quedado negada por los hechos.

Erraría, sin duda, quien pretendiera atribuir al IVA todo el impacto inflacionario de este mes. La sola comprobación histórica de incrementos en los precios durante periodos semejantes en otros años mostraría que este tributo fue, cuando, más, sólo un ingrediente adicional. O bien un pretexto, pues a su naturaleza alteradora, así fuera sólo en un primer momento, de los hábitos fiscales y de los precios, se agregaron comportamientos sociales que deberemos estudiar con detenimiento porque son indicativos de una gran dificultad, o quizá de una insalvable incapacidad, para manifestarnos con ánimo solidario como nación.

En efecto, el abuso en diversas manifestaciones ha sido la conducta pública más notoria en el ámbito económico en este enero que ahora fenece. Hubo desde tomaduras de pelo nimias, como la practicada por las tiendas de autoservicio y los almacenes de departamentos en la ciudad de México, hasta verdaderos fraudes. Aquéllos aprovecharon un crédito fiscal que obligadamente debían trasladar en beneficio del público, para hacer campañas publicitarias que las hacían aparecer como buenos samaritanos, empeñados en arduos esfuerzos por abaratar la vida. Mucho más grave que eso fue el cobro del impuesto en bienes y servicios donde no debía cargarse, circunstancia que en muchos de los casos ni siquiera dejó ganancias extras al fisco, sino a quienes mal aplicaron el nuevo gravamen y así engordaron sus carteras.

Si ello hubiera ocurrido en épocas en que los negocios privados pasaran dificultades, al menos se haría comprensible la

necesidad de trasladar a otro sector de la sociedad el peso de una crisis. Pero a todo mundo le resulta claro que no es así. Los niveles de rentabilidad de los grandes consorcios están hoy por hoy en todo lo alto. Ellos mismos se ufanan del hecho, y lo difunden para promover la venta de sus acciones en la Bolsa de Valores, cuyo auge es otro indicador de que las vacas flacas no forman parte de los hatos de los grandes empresarios, sino que se concentran en los corrales de la mayoría de los mexicanos.

Éstos han asistido—los que pueden hacerlo, desde luego, porque la mayor parte de ellos ni siquiera como espectador tiene lugar— a fenómenos que le resultan por completo ajenos, o que siéndoles propios, les muestran cómo la falta de solidaridad de los poseedores de la riqueza constituyen un verdadero atentado contra las normas civilizadas de convivencia. Entre los primeros hechos se cuentan la fiebre del oro que, común a todos los mercados financieros, no podía dejar de manifestarse en México. Seguramente habrá ejercido una especie de fascinación entre los millones de mexicanos que se afanan en apenas sobrevivir, ir siguiendo las peripecias de los compradores de oro, que cada día se despertaban más ricos, aunque presas del pánico ante la sola posibilidad de que la desenfundada alza en ese metal—y en la pachuqueñísima plata también—disminuyera su velocidad ya no digamos si experimentara como en ciertos instantes aconteció, caídas por leves que fuesen. No es posible que integren una sociedad armónicamente construida segmentos ocupados en tan dispares tareas como contar los días que faltan para la quincena—los que reciben una paga periódica—y contar los puntos de más que gana cada acción o los pesos extras que cuesta cada día un centenario.

Y como la codicia no reconoce fronteras, esos ganadores bursátiles, esos Midas modernos que practican la nueva máxima: “in gold we trust”, en vez de la antigua: “in God we trust”, se juntan en las filas de los triunfadores con los defraudadores al fisco y los especuladores con productos de consumo popular. De elegantes figuras retratadas en fiestas y saraos, algunos de ellos han pasado a ser protagonistas de la nota roja. Tanto fue el cántaro al agua, que esta vez se rompió. Inventando costos publicitarios que disminuían en apariencia las utilidades, varias empresas refresqueras le robaron dinero a los recursos fiscales de todos los mexicanos para hacer mayores las ganancias ya de por sí altas que les provee el mercado mexicano. No contentas estas empresas con combatir las mínimas posibilidades de nutrición de que disponen los mexicanos con algunos centavos para gastar en golosinas; no contentas con maltratar a sus obreros y a sus vendedores, lo que ocasiona a menudo conflictos obrero-patronales, ahora se han dedicado a no pagar al erario lo que les corresponde, que de todas maneras no es mucho, supuesto que todavía las bases del desarrollo estabilizador—lo importante es capitalizar, ya luego repartiremos—continúan incommovibles.

Frente a esos abusos, ante tales desacatos a las normas de solidaridad social, el impacto del IVA casi resulta nulo. Con humor, que es una de las salvaguardas de este país, al mismo tiempo que es uno de sus narcóticos, se ha reconocido que el IVA es un impuesto formidable. Sólo que está pensado para suecos, y nosotros no lo somos. En sí mismo, pues, a pesar de que hubiera podido ser mitigado con una tasa menor y en otro tiempo, no hubiera causado tanto perjuicio como el que provocó la exageración privada al aprovechar la coyuntura. El gobierno, a su turno, se vio obligado a aumentar también algunos de los productos que sus empresas ponen en el mercado, y se vio impotente para corregir los desmanes sobre todo de los grandes comerciantes. También hubo abusos, nadie lo duda, en los changarros de la esquina. Pero allí se manifestó, sobre todo, ignorancia y una inexorable necesidad de defenderse de los abusos a su vez inferidos por los grandes. Éstos no tienen disculpa alguna. Ya que (Sigue en la página 69)

DURARÁ ENERO...

(Viene de la página 13) la administración no puede hacerlo, la historia se lo reprochará algún día.

A su turno, el grueso de la población ha mostrado, en esta cuesta de enero, la resistencia que el infortunio le ha dado. Para bien y para mal, simultáneamente, acusa los golpes pero los asimila, sin que el hervor de sangre que indudablemente debe provocarle la situación tome formas de violencia que no puedan ser controladas. Aquí y allá hay brotes que recuerden, como lo hizo alguna vez don Jesús Reyes Heróles, la existencia del México bronco. Pero no acaban de ser, tales signos, indicadores de una inquietud social susceptible de ser canalizada hacia la obtención de mejores días para ese grueso de la población.

Termina enero. No la crisis. Ojalá después del primer mes, de dura escalada, siguieran mesetas reconfortantes y suaves colinas, o hasta valles que propiciaran la recuperación. Pero no las habrá. Enero durará, este año, mucho más que treinta y un días.